

15

PATRIMONIO HISTÓRICO
DE CASTILLA-LA MANCHA

ALARCOS '95



El fiel de la balanza

IV - La Meseta Islámica como tierra de frontera

Dr. Manuel Retuerce, Director Excavaciones de Calatrava La Vieja. Ciudad Real

Los antecedentes omeyas

La constante histórica más destacable de la nunca suficientemente resaltada presencia islámica en la Meseta Central es la de haber sido siempre una tierra de Frontera. Durante esos algo más de cuatro siglos de su historia, diversos territorios de su geografía fueron, de una u otra manera y en uno u otro periodo cronológico, testigos de vanguardia del enfrentamiento de al-Andalus con los diferentes reinos cristianos del norte de la Península. Como consecuencia de ello la Meseta Central siempre fue una tierra fuertemente marcada por ese carácter militar. Dicha realidad, en íntima relación con el hecho de que la frontera estuviera más o menos cercana en cada momento y de acuerdo con la concreta comarca de que se tratase, fue determinante en la organización social, política y económica del territorio.

También fueron determinantes otros factores que son permanentes en la historia de la Meseta y no exclusivos de la etapa histórica medieval. Entre ellos, destacan el de haber sido siempre una tierra de paso, aunque importante en las comunicaciones peninsulares, y el de su permanente escasez de población, sobre todo si se hace una comparación con otras regiones. Todas estas circunstancias hicieron que, especialmente en el periodo islámico, la región fuera una tierra muy insegura, económica y militarmente.

Es de sobra conocido que el estado omeya basó la defensa de sus territorios situados al norte de al-Andalus, frente a los más o menos lejanos reinos cristia-

nos, en lo que se ha venido conociendo como las Marcas o Fronteras (Superior, Media e Inferior). Alejados de Córdoba y mucho más cercanos a los ataques exteriores, estos grandes territorios militares se organizaron de distinta manera al resto de al-Andalus, bajo el mando de un jefe militar (qa'id) nombrado desde la capital, en lugar de un gobernador civil (walí), como era lo habitual en las demás circunscripciones andalusíes o Coras.

Con gran frecuencia y precisamente por su especial status de ser zonas militares tan alejadas del poder central, estas Marcas vivieron con mayor éxito la tendencia centrífuga que poseyeron todas las regiones de al-Andalus en época omeya, a la vez que conocieron las luchas civiles que enfrentaban a los diversos grupos étnicos por hacerse con el control político. Sólo una autoridad fuerte en Córdoba podía contraponerse a estas fuerzas, aunque muy frecuentemente reconociendo de derecho lo que era una realidad de hecho al nombrar como gobernadores de estas regiones fronterizas a miembros de alguna de las familias que ejercían el poder en dichas zonas.

Con la caída del califato la lucha por el control de dichas regiones se inclinó absolutamente hacia un lado. Se originó el periodo conocido como de los Reinos de Taifas que fueron gobernados, ya totalmente independientes en lo que respecta a estas Marcas -desde el califato sólo dos: Superior y Media-, por las mismas familias que con anterioridad ejercían el poder más o menos delegado en las respectivas regiones.

Las diversas fuentes árabes no precisan con claridad los límites exactos de las circunscripciones territoriales de al-Andalus. A pesar de ello y a grandes rasgos, se puede decir que durante la fase emiral la mayor parte de la Meseta Central estuvo comprendida dentro de las Marcas Media (thagr al-awsat), con capital en Toledo -Submeseta Sur oriental y cabecera del Duero-, e Inferior (taghr al-garb), que tenía por centro más importante a Mérida -Submeseta Sur occidental-. Con posterioridad, durante el califato, parece que ambas Marcas se unifican en una sola, pasando a ser la sede operativa Medinaceli, más cerca de la zona que en aquel momento era el objetivo más frecuente de los ataques cristianos. Pese a todo, Toledo nunca perdió su condición de ser la ciudad más importante de toda la Meseta.

Durante el siglo XI y como resultado de la fitna (la caída del califato cordobés y el consiguiente desmembramiento de al-Andalus), la Meseta conoció la presencia de diversos poderes locales que gobernaron su amplia geografía con una mayor o menor duración y amplitud espacial, siempre a costa de sus territorios vecinos. La mayor parte del territorio, que más adelante sería Castilla la Nueva, giró en torno a la órbita de dos familias, la beréber de los Banu di-l-Nun, asentada de antiguo en tierras alcarreñas y que en esos momentos gobernaba el reino de Toledo, y la de los Aftasíes de Badajoz en la región de Extremadura. Ambos reinos serán los poderes locales más importantes de la submeseta meridional, lo que no fue óbice para que en

ciertos momentos diversas ciudades incluidas en ambos dominios fueran independientes o semiindependientes - Cuenca llegaría a ser por algún tiempo un reino emisor de moneda- o que, en cuanto la autoridad de ambas ciudades se debilitase, amplios territorios de la Meseta fueran disputados por estos dos Reinos entre sí o por sus vecinos de Zaragoza y Sevilla.

Con la conquista de Toledo por Alfonso VI, en 1085, la situación geopolítica de la región va a sufrir un profundo y trascendental cambio para el desarrollo posterior de al-Andalus. Hasta ese momento los territorios andalusíes de la Meseta habían sido casi los mismos desde mediados del siglo VIII, con una frontera perfectamente organizada a partir de la Cordillera Central y el Tajo. Ahora, al quedar en manos cristianas los dos ejes en que se basaba la defensa en profundidad de la región, los nuevos poderes africanos -almorávides y almohades-, dominantes durante los siglos XII y principios del XIII en al-Andalus, tendrían que reorganizar de raíz y con unos nuevos esquemas estratégicos todo el sistema defensivo de la parte de la región meseteña que aún les quedaba; avanzada, en definitiva, del valle del Guadalquivir donde estaba centrado su poder al norte del Estrecho de Gibraltar. Pero para ello debieron contar con unas nuevas y adversas circunstancias geográficas que los omeyas no tuvieron cuando organizaron la defensa del valle del Tajo.

Con todo, la situación de la defensa de los valles del Tajo y Guadalquivir era, en cierto modo, bastante parecida en los

dos periodos: una gran región semidesierta y árida (la Extremadura castellana y leonesa, para el valle del Tajo - toda la amplia zona comprendida entre los Montes de Toledo y Sierra Morena, para el del Guadalquivir), una cadena montañosa de dirección oeste-este (Cordillera Central-Sierra Morena, respectivamente) y una gran cuenca fluvial que seguía esta misma dirección (valle del Tajo-valle del Guadalquivir, respectivamente). En definitiva, omeyas y africanos actuaron de distinta manera frente al problema del avance cristiano, bien sea porque supieron y pudieron en el primer caso, bien porque los segundos ni supieron ni pudieron.

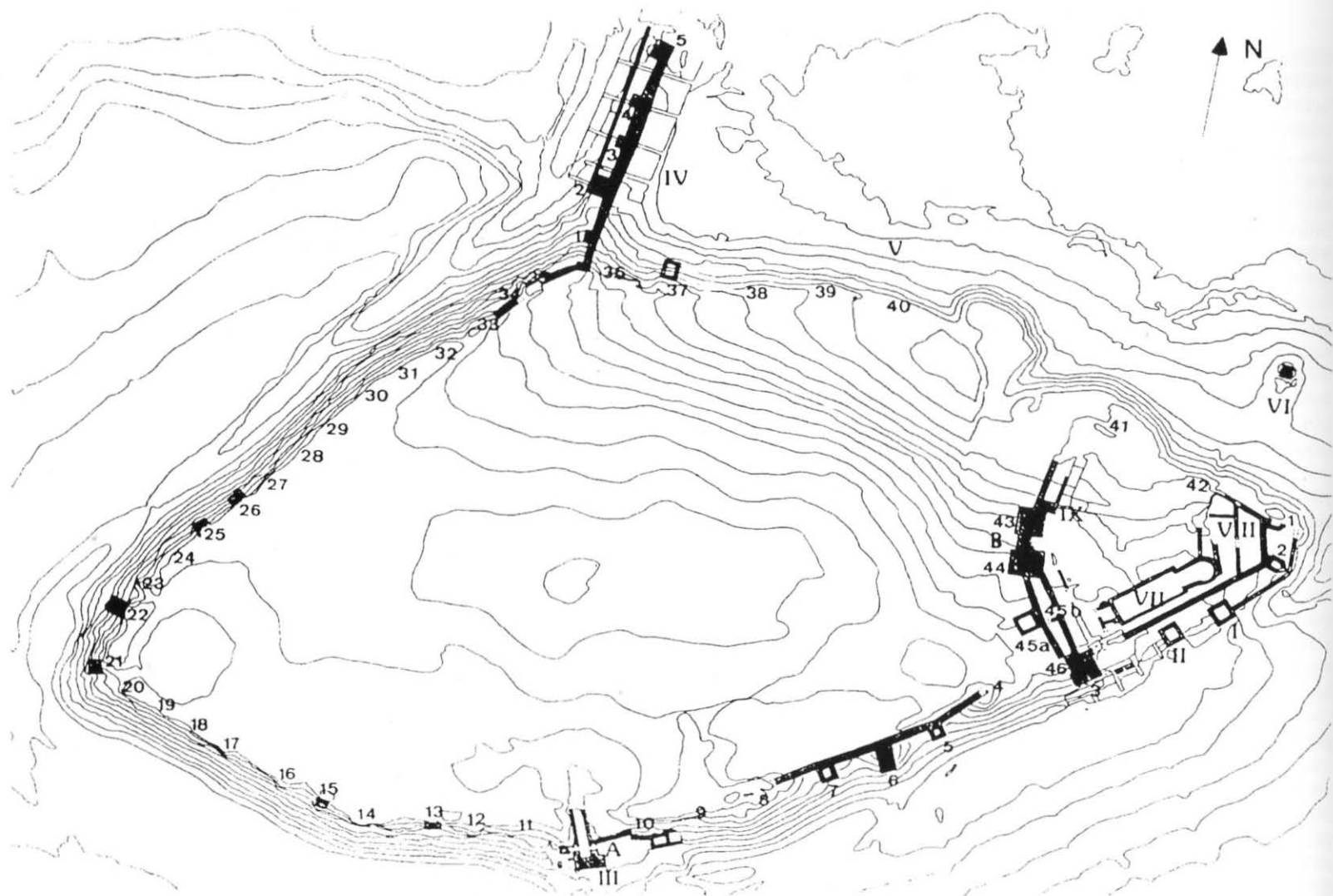
A lo largo de diversos años, los omeyas andalusíes supieron organizar la defensa del valle del Tajo con una serie de medidas que, aun teniendo en cuenta factores internos e externos que las favorecieron, mostraron su fruto en el transcurso de más de dos siglos. A raíz de la sublevación beréber de mediados del siglo VIII se abandonó casi totalmente las posiciones en la región al norte de la Cordillera Central, replegándose la población al valle del Tajo y dejando sólo una pequeña pero profunda y organizada cabeza de puente en el curso alto del Duero, donde el río era más fácilmente vadeable y donde el naciente e impulsivo condado castellano era el enemigo más importante a controlar.

El contacto entre la Meseta andalusí y los diversos reinos cristianos no se efectuaba de una forma directa. Entre ambos poderes existían amplias tierras desiertas o sólo habitadas por una

población marginal. Se estableció una defensa en profundidad sur-norte al mediodía de la Cordillera Central, que estaba basada en la fortificación de todas las poblaciones situadas en las vías paralelas a los ríos afluentes del Tajo, y que seguían aproximadamente dicha dirección. Al mismo tiempo se formó una amplia red de atalayas de conexión entre esa cabeza de puente soriana y la cabecera de dichos ríos. Más hacia el interior y sur de la región, fueron fortificados fuertemente, instalando nuevos colonos, una serie de enclaves avanzados entre la Sierra y el Tajo que pudiesen actuar de forma autónoma; a la vez que en retaguardia se organizó una auténtica línea defensiva custodiando todos los vados de dicho río. Por último, la defensa quedó perfectamente jerarquizada y articulada, aproximadamente según el siguiente esquema:

- capital de la Marca.
- cabeza militar de una comarca.
- poblado fortificado con una pequeña fortaleza autónoma.
- poblado fortificado.
- aldea no fortificada.
- torres de control situadas en los pequeños valles.
- atalayas de vigía y señales en altura.

A través de esta organización defensiva el poder omeya andalusí pudo proteger su territorio del enemigo exterior y, a la vez, de posibles sublevaciones interiores, al mismo tiempo que se adoptaba una política de "tierra quemada" por medio de razzias periódicas contra las tierras al norte de la Cordillera, casi siempre apoyadas en la



0 100 m.

CALATRAVA LA VIEJA

cabeza de puente del Duero y en las pequeñas ciudades fronterizas al sur del Sistema central.

Durante el periodo omeya se supo organizar una completa red de defensa en el valle del Tajo, avanzada a su vez de la totalidad de al-Andalus, pero también que se dieron unas circunstancias favorables para su organización. En efecto, se contó con la ventaja de que entre los siglos VIII y IX las bases cristianas estaban todavía demasiado lejos y carentes de un potencial humano que pudiera pretender establecerse en territorios más sureños. Durante el siglo X la situación fue cambiando lentamente. Pero antes de que este avance se diera, el poder andalusí dispuso de algo tan fundamental como fue el tiempo de prepararse y la experiencia derivada de los encuentros anteriores, que hasta ese momento había sido claramente favorable. En el momento en que estas bases cristianas se acercaron al limes andalusí -al darse un aumento de la población que buscaba nuevas y mejores tierras más al sur, al borde al Duero, junto con una política real que favorecía este movimiento-, fue cuando dicho limes entró en pleno funcionamiento, favorecido a su vez por la unidad impuesta por el califato. Sin embargo, aunque se consiguió frenar el avance cristiano en el Duero no se pudieron destruir sus bases a pesar de los intentos de la política califal y, especialmente, de Almanzor. Ello fue fundamental para el posterior y definitivo avance cristiano de finales del siglo XI, englobado a su vez dentro de una época de grandes movimientos

colonizadores en Europa. Mientras, y hasta ese momento, la política de "parias" leonesa llevada a cabo durante el siglo XI, puso los pilares económicos y políticos para la futura conquista del valle del Tajo.

La Meseta como frontera de los Imperios Africanos

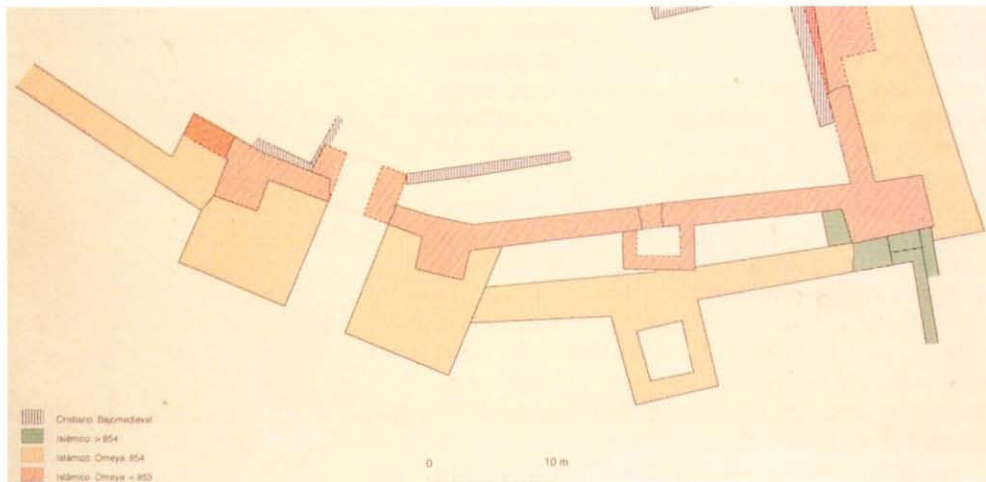
A diferencia de lo sucedido en el período anterior, los imperios africanos de almorávides y almohades se vieron obligados a organizar la defensa del territorio de al-Andalus de muy distinta manera, siempre a la defensiva y sin un limes organizado de contención. Según se vio, y a pesar de que la situación geográfica era en cierto modo similar a la existente durante el periodo omeya, ni se pudo ni se supo hacer de esta defensa un instrumento de disuasión duradero. Sólo se consiguió frenar durante un siglo lo que era inevitable con el transcurso del tiempo: la caída en poder cristiano de todo el valle del Guadalquivir y de todas las tierras meseteñas que se le anteponian; y que tras su conquista conocerían la colonización de una nueva y muy distinta sociedad: la feudal.

Por otro lado, hay que tener siempre presente la nula capacidad que tuvieron los ejércitos almorávides y almohades de explotar sus victorias. De este modo se debe recordar el hecho de que a pesar de haber derrotado con gran claridad a las tropas castellano-leonesas o castellanicas en sucesivas ocasiones a lo largo de algo más de un siglo (Sagrajas, 1086; Aledo, 1088; Consuegra

y cercanías de Cuenca, 1097; Uclés, 1108; y Alarcos, 1195) o haberse presentado con grandes ejércitos ante las débilmente defendidas poblaciones castellanas (Toledo, Madrid, Guadalajara, Huete, etc.), nunca, respectivamente, los ejércitos africanos supieron o pudieron perseguir al enemigo tras su derrota e ir más allá de la recuperación momentánea de algunas posiciones anteriormente perdidas por ellos -Consuegra, Uclés, Talavera o Calatrava, entre otras-, ni tomar las referidas ciudades castellanas. Por unas u otras razones, nunca fueron capaces de conquistar una ciudad cristiana al asalto, jamás se adentraron en el corazón de los reinos de León o Castilla -la Meseta del Duero- y las grandes victorias que obtuvieron en la Península, que particularmente fueron unos notables hechos de armas, quedaron sin tener unas consecuencias políticas tangibles.

Aparte de múltiples y variados factores de orden interno o externo -como el de haber sido considerados ellos mismos como extranjeros por los propios andalusíes, los derivados de las luchas civiles por sus respectivos planteamientos religiosos, los factores económicos subyacentes, el importantísimo de la falta general de recursos humanos o el de tener ahora al enemigo cristiano más cerca del verdadero corazón de al-Andalus-, uno de los principales defectos estratégicos que tuvieron tanto almorávides como almohades fue el de haber basado toda la defensa del valle del Guadalquivir -su centro de poder en al-Andalus- en el exclusivo control de una única ciudad (Calatrava) y en la posesión de unos pocos enclaves fortificados en una región tan llana y sin defensas naturales como era la comprendida entre el Tajo y Sierra Morena.

Todos los enclaves de la Meseta durante el periodo africano fueron los mismos que ya existían en época omeya, cuando la región era sólo la retaguardia de la Marca Media y una zona de tránsito entre los valles del Guadalquivir y Tajo, en el eje sur-norte, y entre las tierras atlánticas y las levantinas de la Península. Además, se trataba de un territorio poco poblado y donde el único centro de importancia era Calatrava, junto al Guadiana, lugar de encuentro de las referidas vías de comunicación pero no una gran ciudad que, de forma similar al que con anterioridad había asumido Toledo, pudiera jugar con consistencia un papel director en la vanguardia contra el Reino castellano. De



este modo, y como ocurrió en sucesivas ocasiones, tanto para el poder musulmán como para el cristiano, en el momento en que dicha ciudad era conquistada por cualquiera de los antagonistas, caía con ella toda la región.

Si no se toma en consideración la entrega a Alfonso VI de la legendaria dote de la mora Zaida, en la que esta ciudad estaría incluida, este cambio de manos de Calatrava, y con ella de toda la región circundante, llegó a suceder por tres veces: en 1147, cuando la ciudad pasa a poder cristiano al ser entregada a Alfonso VII, que aprovecha el definitivo declive almorávide; en 1195, cuando cae en manos almohades al día siguiente de la derrota sufrida por Alfonso VIII en la cercana Alarcos; y en 1212, cuando es tomada por las tropas aliadas mandadas por el rey castellano al acudir al definitivo encuentro que se produjo con el califa almohade en la batalla de Las Navas de Tolosa.

El sistema montañoso formado por los Montes de Toledo y las Sierras de Guadalupe, Montánchez y San Pedro, única barrera natural que podía oponerse a los ataques cristianos, era fácilmente rebasable. Junto a ello, el posible papel de cabeza de puente que podían haber desarrollado Alcalá la Vieja y Oreja contra Toledo no fue tal, pues muy a menudo ambos enclaves situados junto al Henares y el Tajo, respectivamente, quedaban aislados del resto de al-Andalus por la falta de una línea de puntos fortificados que pudiesen unir dichos lugares avanzados con los castillos situados en los Montes de Toledo y

Calatrava. De esta forma, las posiciones musulmanas de Alcalá la Vieja y de Oreja sólo pudieron entorpecer durante un cierto periodo de tiempo -hasta su paso a manos castellanas, producido respectivamente en 1118 y 1139- a la ciudad de Toledo y al avance repoblador cristiano en la Transierra. Por otro lado, Sierra Morena, que hubiera podido constituirse en un posible línea defensiva situada más en retaguardia e inmediatamente anterior al Guadalquivir, tampoco fue objeto de especial atención. Únicamente existían algunos pequeños castillos junto a los caminos que, a la postre, resultaron totalmente ineficaces para detener los avances cristianos.

Por el contrario, el reino de Castilla poseedor de una aglutinante idea de cruzada y de "reconquista" del territorio, contaba ya con unos medios más organizados que oponer a los sucesivos poderes africanos. Con gran rapidez, era capaz de organizar preparados efectivos; teniendo como principales apoyos a determinados miembros de la nobleza, a las recién reformadas sedes episcopales, fundamentalmente la de la mitra toledana, a las milicias concejiles de las ciudades castellanas y a los motivados efectivos de las recién creadas Ordenes Militares que, precisamente, fundamentarían su poder económico y militar en estas tierras meseteñas. A la vez, también en este aspecto, por influencia continental, se adopta una nueva táctica de combate basada en la caballería pesada que, poco a poco, y ya plenamente a fines del siglo XII, se convierte en acorazada. Hasta tal extremo llegaron a ser

los avances tácticos llegados de las tierras ultrapirenaicas, que incluso los ejércitos africanos, sin renegar nunca de la caballería ligera, fueron dando progresiva importancia a los equipos pesados en sus combates.

Por todo ello, y a pesar de que durante el siglo XII los dos imperios africanos, apoyados en las grandes masas de combatientes bereberes y andalusíes, derrotaron por completo y en diferentes batallas a los ejércitos cristianos, nunca pudieron organizar una estrategia defensiva, bien mediante un sistema en profundidad, bien creando un fuerte limes de protección, únicos procedimientos de evitar a medio y largo plazo el avance cristiano. Según el primer sistema, teniendo una clara y decidida intención de recuperar los territorios perdidos entre el Tajo y el Guadiana, con la repoblación y refortificación de todas esas tierras. En el segundo, tratando de evitar futuros males mayores, abandonando todas las tierras situadas al sur del Guadiana, que se convertirían de este modo en un desierto estratégico, y fortificando a la vez toda la línea y pasos de Sierra Morena. Según ello, y a imitación de la política seguida durante el periodo omeya, el papel jugado en aquel entonces por el Sistema Central con respecto al río Tajo lo debiera haber tomado ahora Sierra Morena con relación al Guadalquivir.

Sin embargo, a los imperios africanos, por las ya mencionadas causas de carácter externo e interno, y muy principalmente por la falta de recursos huma-

nos, todo se les quedó en medias tintas en su constante política de mantener la cada vez más utópica idea de reconquistar el símbolo perdido de Toledo. Nunca se abandonó por completo la Meseta pero tampoco ésta se reforzó con nuevas fortificaciones y poblaciones que hubieran podido detener el peligro cristiano. Sólo parecía seguirse una táctica disuasoria a base de razzias en el ahora nuevo territorio cristiano entre la Cordillera Central y los Montes de Toledo.

Las consecuencias no tardarían en llegar. En cuanto los reinos de León y Castilla, que sí tenían un claro proyecto ideológico, político, social y económico, pudieron tomar nuevo impulso, los territorios de la Meseta a conquistar, que aún permanecían dentro de al-Andalus, eran ya una fruta madura que iba caer por su propio peso. Por lo pronto, y ante la acometida africana, el Reino de Castilla sí que organizó un sistema defensivo en profundidad en torno a Toledo, el punto clave de su defensa y símbolo de su poder en la Meseta que, a grandes rasgos, sigue el siguiente esquema:

- Una fuerte posición en la retaguardia al norte del Tajo: se apoyaba en las pequeñas ciudades situadas tanto al norte como al sur del Sistema Central, como Avila, Segovia, Madrid, Guadalajara, Atienza, Hita, etc. Desde todas ellas y aprovechando su fuerte posición se lanzaban constantes incursiones en busca de botín, desarrollando una táctica de "tierra quemada", al territorio andalusí; dirigidas fundamen-

talmente al valle del Guadalquivir, pero que en ocasiones llegaban hasta zonas más meridionales, como Murcia o Almería. Igualmente, dichas ciudades, junto a las situadas en una posición más

septentrional, jugaron un papel fundamental en el socorro del Reino cuando éste sufría los ataques de las, a su vez, frecuentes algaras almorávides o almohades.



- Pequeñas posiciones en retaguardia: teniendo como principal objetivo la defensa de determinadas e importantes vías de comunicación, vados y esenciales sectores del territorio toledano, se mantiene una pequeña población en antiguos asentamientos del periodo omeya. Así, junto a los fundamentales caminos que unían Toledo con la Transierra, se ocupan, entre otras: Canales, Olmos y Calatalifa, junto al Guadarrama; Ribas, Cervera, Paracuellos, Talamanca, Uceda y Alcalá la Vieja -una vez conquistada definitivamente en 1118-, junto al Jarama y Henares. Se refuerzan Alamín y Escalona, junto a los vados del Alberche, y Brihuega, en el camino que remontaba el río Tajuña. Del mismo modo, Santa Olalla, que se localizaba en un punto central que dominaba las comunicaciones entre Toledo, Maqueda, Alamín y Talavera.

- Posiciones en la línea del Tajo: con el fin de vigilar los estratégicos vados de este río se aprovecharon las posiciones, la mayoría de ellas situadas en su margen sur, que configuraron la antigua línea defensiva del período omeya: Zorita, Almoguera, Alarilla, Alboer, Oreja -tras su definitiva conquista en 1139-, Aceca, Bolobras, etc.

- Un primer sistema avanzado de fortificaciones al sur del Tajo: se establece lo que se podría considerar como un limes defensivo en profundidad, no lineal, en torno a determinados enclaves fortificados muy bien elegidos, y en el que los situados más en vanguardia eran defendidos por los que se encon-

traban a sus espaldas o en una posición diagonal respecto a ellos. Tenía como puntos extremos Huete y Talavera (posteriormente, Plasencia) y como puntos de apoyo intermedios Uclés, Ocaña, La Guardia, las fortificaciones del valle de Valdecarábanos (Carabanchel, Huerta de Valdecarábanos y Dos Barrios), Mora-Peña Negra, Guadalercas, Almonacid y Montalbán.

- Un sistema defensivo avanzado: durante los 48 años que transcurrieron entre 1147 y 1195, teniendo a Calatrava, junto al más frecuentado vado sobre el Guadiana, como punto clave y fundamental de la defensa, a los castillos de su alfoz (Alarcos, Piedrabuena, Ciruela, Caracuel, Malagón, Benavente, etc.) como sus puntos de apoyo, y a las posiciones de Dueñas y Salvatierra en la más extrema vanguardia, se trataba de vigilar la principal y más directa vía de ataque a Toledo. Del mismo modo, Consuegra defendía un camino alternativo que discurría algo más hacia el oriente.

La primera gran victoria cristiana de las Navas de Tolosa, sucedida en 1212, significó para la Meseta el momento a partir del cual y en muy pocos años dejó de pertenecer definitivamente a al-Andalus. Más en general, y ya a un nivel hispano, esta batalla representó el punto de inflexión definitivo -la inclinación hacia un solo lado del "fiel de la balanza"- a favor de los Reinos cristianos septentrionales en el enfrentamiento cultural sostenido con al-Andalus a lo largo de toda la Edad Media.

En definitiva, los diecisiete años transcurridos entre la total derrota sufrida en Alarcos (1195) por el rey de Castilla, Alfonso VIII, y su completa victoria de las Navas de Tolosa (1212) sólo vinieron a significar el “canto del cisne” del poder y la cultura andalusí en la Meseta, que en aquellos momentos estaba dirigida y protagonizada por un poder central africano y beréber como era el almohade.

Calatrava la Vieja. Cabeza de una tierra de frontera: Antecedentes históricos de Calatrava la Vieja

Calatrava la Vieja se localiza a 5 km. al norte de Carrión de Calatrava. Se trata de uno de los yacimientos medievales de mayor extensión y mejor conservados de España. Aparte de los testimonios de un notable pasado prerromano, nos hallamos ante uno de los esca-



Los lugares de la Península que ha conocido la sucesiva superposición de diversas y muy diferentes culturas, periodos o fases medievales -omeya, taifa, africana almorávide, cristiana, africana almohade y cristiana-. Las características de su asentamiento y las condiciones de su entorno -dentro de una zona pantanosa e insalubre, junto a la ribera sur del río Guadiana-, explican muy bien su desarrollo histórico. A diferencia de otros lugares que fueron poco a poco languideciendo a lo largo del tiempo, Calatrava la Vieja perdió su importancia desde el momento en que las razones estratégicas y económicas no eran ya primordiales para su ocupación.

Calatrava fue fundada durante el periodo omeya, siendo citada en las fuentes árabes con el nombre de رباح قلعة (Qālat Rabāḥ), que podría derivarse del de la persona que la pobló o de la primera a la que le fue encomendada su tenencia. Diversos geógrafos árabes la describieron como el lugar donde el Guadiana superior emergía definitivamente. No demasiado lejos de los territorios cristianos al norte del Sistema Central, se encontraba estratégicamente situada en el centro de la Meseta inferior, junto al camino principal que de norte a sur comunicaba Córdoba con Toledo, y en el mismo cruce de una segunda vía que, si bien menos importante, unía las tierras levantinas con las occidentales atlánticas.

La ciudad tuvo una historia rica en acontecimientos durante sus cinco siglos de vida. Tanto en las luchas civiles que enfrentaron a Toledo con el poder cen-

tral cordobés, como en las diversas rebeliones bereberes, Qālat Rabāḥ jugó un papel decisivo. Después de su casi total destrucción realizada por los toledanos en el 853, su importancia fue poco a poco en aumento tras ser reconstruida al año siguiente por al-Ḥakam, hermano del emir Muḥammad I, que pone en práctica un muy elaborado plan urbanístico y defensivo, de clara inspiración estatal. A partir de esa fecha, siendo ya la cabeza de una amplia zona de La Mancha, dividida en numerosos distritos, se convirtió en el punto más importante de apoyo del poder central cordobés, jugando un papel fundamental por el flanco sur al cerco que se trataba de imponer a la rebelde Toledo, y llegando incluso a poseer gobernadores propios.

A lo largo del siglo XI Qālat Rabāḥ osciló alternativamente en la órbita de los diferentes reinos de taifas vecinos: Toledo, Badajoz y Sevilla. Con la llegada del nuevo poder africano almorávide que se implanta en al-Andalus se convirtió en el más importante núcleo islámico frente al ya Toledo cristiano. Con el declive del poder almorávide, fue conquistada en 1147 por Alfonso VII, pasando a ser la más importante y avanzada población cristiana frente a al-Andalus. Ante la dificultad que suponía la defensa de una tan amplia región y después de fracasar la encomienda dada a los templarios, Sancho III, en el 1158, la entregó a la Orden del Císter, fundándose así en ella la primera Orden Militar hispana, que adoptó el ya castellanizado nombre propio del lugar: Calatrava.

De este modo permaneció dentro del reino de Castilla hasta 1195, cuando los almohades la tomaron como consecuencia de su victoria sobre Alfonso VIII en la batalla de Alarcos. Tras 17 años de estar de nuevo en manos musulmanas, fue conquistada definitivamente por este mismo monarca en 1212, durante la campaña de Las Navas de Tolosa. Si bien fue devuelta a la Orden de su nombre, nunca más pudo recobrar su antigua

prosperidad. Por su propia posición en un lugar malsano y haberse quedado en la retaguardia cristiana, fue trasladada la sede de la Orden a la que fue su antigua posesión de Dueñas, localizada 60 km. más al sur, y que a partir de entonces vendría a ser conocida como Calatrava la Nueva. La antigua Calatrava, citada ya como Calatrava la Vieja, quedó sólo como la cabeza de una declinante encomienda de la Orden.



Aparte de las fuentes escritas, tanto musulmanas como cristianas, la investigación sobre este lugar sólo se ha realizado en época muy reciente. En 1984 comenzaron las excavaciones arqueológicas, centradas en algunas de las estructuras arquitectónicas del yacimiento. Los resultados obtenidos han sido sobresalientes, destacando la identificación y datación de algunas de las estructuras urbanas y el hallazgo de importantes testimonios materiales directamente relacionados con la conquista cristiana producida en la noche del 30 de junio de 1212.

Descripción de Calatrava la Vieja

Con claridad, en Calatrava se diferencian dos sectores: el formado por el conjunto de la medina y el alcázar, situado sobre un pequeño cerro amesetado de figura ovalada de cerca de 5 Ha. -con una altitud en torno a los 630 m. y entre 5 y 10 m. de desnivel relativo sobre el entorno- y el de los arrabales, que con una extensión de cerca de 25 Ha. rodean casi totalmente el mencionado cerro.

Un profundo foso, forrado de las tras y que enlazaba directamente con el río Guadiana, convertía al conjunto de la medina y alcázar en una verdadera isla. En la muralla, de cerca de 1.500 m. de longitud que cuenta con los vestigios de 37 torres y que rodea en su totalidad el cerro, destacan las dos corachas. Se trata de construcciones que, perpendiculares a la muralla y a modo de largos brazos, se adentran en el río Guadiana

para la provisión de agua mediante norias. La de la medina posee una longitud de 90 m. La del alcázar, más corta, a la anterior función añade la de nutrir de agua al castellum aquæ existente en el interior de una de las dos torres pentagonales anejas. Como un elemento más del plan urbanístico con el que se refunda la ciudad en el 854, este castellum aquæ era el centro de un complejo sistema autónomo defensivo que trataba de dar un continuo y seguro aporte de agua al foso, sobre todo en los frecuentes momentos de estiaje del río. Acentuando la importancia que el castellum aquæ tenía, se encontraba defendido, al norte, por una segunda torre pentagonal y, al sur, por la que durante el período omeya fue la única torre albarana existente en la ciudad.

Sólo existe una puerta de entrada a la ciudad, situada en la parte meridional de la medina. Se trata de una entrada en forma de "codo" que, por su disposición y aparejo, parece constituirse en uno de los primeros ejemplos peninsulares de este tipo de puerta. En la excavación de una de las torres más próximas a la coracha de la medina se encontró un extraordinario testimonio del pillaje sufrido por la ciudad tras su definitiva toma en 1212, compuesto de todo tipo de útiles de época almohade y de los restos completos de los animales de compañía de los últimos habitantes musulmanes de Qālat Rabāh.

En el extremo este del cerro se encuentra situado el alcázar, que presenta una planta triangular, apreciándose dos momentos constructivos del perio-

do omeya. Por su monumentalidad, destaca la gran puerta de acceso a la medina, abovedada entre dos grandes macizos a modo de torres. Notables son también las bóvedas de unos baños árabes y los restos de lo que fue un patio con alberca bajomedieval; igualmente, destaca una gran estructura poligonal de adscripción templaria que se encuentra debajo de los muros de la iglesia levantada tras el traslado de la sede matriz a Calatrava la Nueva. Son interesantes también las diversas dependencias bajomedievales situadas al este del ábside de dicha iglesia.

La zona de los arrabales, de cerca de 20 Ha. de superficie, se localiza alrededor del cerro amurallado de la medina. En ella se han podido localizar importantes estructuras o elementos urbanos: el puente-presa-molino por el que en época medieval se cruzaba el río Guadiana, una tercera coracha, un área de alfares, una zona industrial, una antigua mezquita y una necrópolis almohade.

Calatrava almohade

Inmediatamente después de que se produjera la victoria de Alarcos y la consecuente y rápida caída de la ciudad de Calatrava y demás fortificaciones de su alfoz, pasaron al poder almohade todas las tierras situadas al sur de la posiciones cristianas de Mora y Almonacid, que desde ese momento se convirtieron en la vanguardia cristiana a lo largo de los diecisiete años en los que se mantuvo el dominio africano en la Meseta.

Aparte de las continuas algaras que se dirigían a los territorios del alfoz de Toledo y de las luchas en torno a la posesión del enclave de Salvatierra, que sólo cayó en manos almohades en 1211, poco más es lo que nos dicen las fuentes escritas acerca de estos territorios del Guadiana medio. Para saber algo más, es necesario acudir a la hasta ahora poco desarrollada aunque muy prometedora documentación arqueológica, que sobre todo se refiere a los resultados obtenidos en Calatrava la Vieja. Recogiendo una larga herencia histórica, ésta continuaba siendo la única ciudad de la región y la cabeza de la frontera en época almohade.

Los testimonios arqueológicos obtenidos hasta el momento en Calatrava la Vieja vienen a aportar importantes datos urbanísticos, sociales y económicos sobre su pasado almohade.

En el primer aspecto, se puede decir que la ciudad de Calatrava crece durante el dominio almohade, ampliándose la superficie de sus arrabales. En ellos se localizarán nuevas zonas artesanales. Es así, que a una distancia de cerca de 600 m. de la medina, en el arrabal este, se encuentra un nuevo emplazamiento para los alfares; muy cercanos, por otro lado, de una mezquita (actual ermita de Ntra. Sra. de la Encarnación) que cabría datar en ese preciso momento. Igualmente, en el arrabal sur, se localiza una nueva necrópolis.

Ya en la medina, bajo dominio almohade se reparan ciertos elementos de sus fortificaciones. Reforzando el sis-

tema defensivo hidráulico emiral, destaca la construcción de una nueva albarraña, que se levanta junto a la anterior, y la de un antemuro que mejora el objetivo de hacer llegar agua constante al foso en los momentos de estiaje del Guadiana. Estas mejoras vienen a demostrar que, de mejor o peor forma, dicho sistema defensivo hidráulico continuó funcionando hasta esta época almohade.

Es evidente que la ampliación de la superficie de la ciudad, concretada en el desarrollo de sus arrabales, fue consecuencia del aumento de la población. Este hecho vino motivado por la inmigración a la ciudad de la población rural del propio alfoz de Calatrava. Acudía allí en busca de refugio, huyendo de la gran inseguridad imperante en la región, que constantemente estaba sujeta a las expediciones de las milicias castellananas que con gran periodicidad llegaban a la zona en busca de botín, siempre practicando una repetida táctica de "tierra quemada".

En general, y observando también los escasos datos arqueológicos obtenidos en la región, parece que se produce un crecimiento en la superficie de las pocas localidades que ya existían; pero sin que, de forma paralela, aumenten en número los núcleos poblados. De este modo, en detrimento del medio rural, parece que se produjo un relativo desarrollo urbano, concentrado principalmente en Calatrava, única localidad de la región que se podía considerar como ciudad.

De forma paralela a dicho desarrollo, hubo una mejora de la economía urbana y, por consiguiente, un auge de

la actividades artesanas y del comercio con los que atender al incremento de la población y no sólo de los habitantes recién llegados sino también de los representantes de los poderes locales. Todos estos son los datos mejor constatados arqueológicamente.

Es así como, según ya se ha mencionado, se extienden e incrementan los alfares en el arrabal oriental de Calatrava. Por otro lado, los análisis de los hallazgos cerámicos, tanto de Calatrava como de Alarcos, indican una gran variedad tipológica y, por lo tanto, una gran especialización e individualización de las necesidades domésticas que en este aspecto tuvieron sus habitantes. Del mismo modo, se alcanza una alta calidad en determinadas producciones locales. En este sentido, hay que destacar la producción realizada en la propia Calatrava de casi la totalidad de la cerámica encontrada, incluyendo la de piezas consideradas como de lujo, como son las labores en "verde y manganeso", en "reflejo dorado" y, posiblemente, si no de todas, de las cerámicas esgrafiadas. Esta producción local, aunque aún no ha sido constatada arqueológicamente, cabría trasladarla a otras localidades vecinas como Alarcos, Caracuel, Malagón, etc.

De igual manera, habría que hablar de la producción de metales, incluyendo el armamento. Asimismo, por su singularidad, parece muy probable que el conjunto de vidrios encontrado fuera elaborado en la propia Calatrava.

Todos estos datos ayudan a pensar en que en al-Andalus, en época almoha-

de, se produjo una unificación cultural. En este aspecto, las labores realizadas en Calatrava durante los diecisiete años de dominio almohade en la Meseta tienen una gran relación con la que se da en esos mismos momentos en el resto de al-Andalus. Así, tomando como ejemplo la cerámica encontrada en Calatrava -único punto almohade de la Meseta donde hasta el momento ha podido ser estudiada-, salvo muy determinados tipos cerámicos herederos de la propia tradición omeya de la región, la totalidad de la producción local está relacionada, tanto en lo que respecta a la morfología como a la decoración, con los gustos y maneras que se dan en el resto del al-Andalus almohade.

Si se exceptúan algunos recipientes, que hasta el momento sólo se han encontrado en Calatrava y que, precisamente, son los que en ella alcanzan una menor proporción, el resto de la producción de esta ciudad tiene sus paralelos fuera de la Meseta. Las únicas variables vienen dadas por el grado de relación o influencia que, tanto en los aspectos formales como decorativos, pueda haber con las demás regiones del al-Andalus almohade. En concreto, parece que Calatrava se relaciona en mayor grado con la región murciana, con el Bajo Guadalquivir y con el Bajo Guadiana que con el Levante peninsular o las islas Baleares.

Esta consonancia cultural de Calatrava con el resto de al-Andalus en época almohade merece ser destacada, sobre todo si se la compara con lo que sucedía en la región durante el periodo

omeya, en el que la situación era bastante diferente. Así, en la Meseta, durante el período omeya, salvando los casos particulares de determinados tipos formales o el empleo de determinadas técnicas decorativas en la cerámica vidriada, que son comunes a los que se usan en la mayoría de las regiones andalusíes omeyas, se da un mayor predominio de los gustos locales, comarcales o regionales meseteños, que se reflejan tanto en los tipos cerámicos como en las decoraciones.

Los principales datos comerciales han sido obtenidos del análisis y estudio de algunas de las especies que integraban el lote de restos de animales -en concreto de los peces de agua salada- encontrados. De este modo, se ha podido conocer la existencia en época almohade de un notable comercio de pescado, procedente probablemente del litoral atlántico, hacia la Meseta. De momento, reflejado sólo por los hallazgos de Calatrava; que en aquella época, hay que recordar, era el punto más extremo e interior del dominio almohade en al-Andalus. Necesariamente, esta importación de pescado de mar tuvo que llevar aparejada unos problemas de conservación que, en nuestra opinión, se tuvo que resolver mediante la salazón de los productos. Asimismo, se han podido documentar unas ciertas actividades fraudulentas en dicha actividad comercial, reflejadas en una posible simulación de chicharros como sardinas.

Por otro lado, la totalidad de los restos de animales encontrados ha podido dar interesantísimos y diversos datos

sobre la dieta alimenticia de los últimos habitantes musulmanes de Calatrava. Así, teniendo como principal base alimenticia determinadas especies de mamíferos, no olvidaban las aves y el pescado, tanto de río como de mar. Entre los mamíferos destaca el alto porcentaje del ganado ovino y, por el contrario, la casi absoluta ausencia del caprino. Las vacas, por el contrario, no parecen que fueran una importante base



de la alimentación. Las gallinas, con huevos que hoy se podrían considerar de primera clase, venían a completar la dieta en compañía de los productos de la caza, representados fundamentalmente por el conejo y la perdiz, seguidos por toda clase de aves autóctonas: ánades, sisones, avutardas, codornices, etc. Entre esta última actividad, hay que resaltar la primera constatación arqueológica del importante consumo de estorninos, consumidos muy probablemente a modo de "pajaritos fritos". Los peces autóctonos consumidos eran fundamentalmente el barbo y el cacho; y entre los comercializados, la sardina y el chicharro, confundido de forma fraudulenta con ésta.

Igualmente, por infrecuentes, son interesantes los datos sobre los animales de compañía. En este sentido, se ha podido conocer que en Calatrava existió una población de esbeltos perros de guarda y de gatos, además de los galápagos, no tan frecuentes en una ciudad.

En definitiva, y a falta de desarrollar unos más concretos estudios sobre otras poblaciones que conocieron la presencia del poder africano en la Meseta, los datos obtenidos en Calatrava la Vieja junto a los proporcionados por la vecina Alarcos o los muy aislados de la propia provincia de Ciudad Real (Montiel, Moratalaz, Alcolea, etc.), mas algunos de las provincias de Albacete y Cuenca, son los únicos que permiten vislumbrar algunos aspectos, no recogidos en las fuentes escritas, del pasado islámico de la región durante el siglo XII y principios del siguiente.